

EL HUMORISMO ANALÍTICO Y LA PARODIA EN LAS COMPILACIONES DE CRÓNICAS INGLESAS DE JULIO CAMBA: *LONDRES Y AVENTURAS DE UNA PESETA.*

DOI: <http://dx.doi.org/10.12795/RiHC.2016.i06.05>

José María Contreras Espuny

Escuela Universitaria "Fco. Maldonado" de Osuna (Universidad de Sevilla)

josemcontrerasespuny@gmail.com

Recibido: 22-3-2016

Aceptado: 23-6-2016

Resumen: *A través de estas páginas se busca el análisis del punto de vista que el periodista Julio Camba arrojó sobre el pueblo inglés en sus crónicas, centrándonos, principalmente, en sus compilaciones de artículos Londres y Aventuras de una peseta. Partiendo de los comentarios sobre su estancia británica, propondremos un análisis sobre el estilo cambiano, sobre todo en su uso de los procedimientos caricaturescos, la detección de automatismos y el empleo del humorismo como marca de estilo. Asimismo, se analizará su enfoque como punto de vista cenital y paródicamente científico.*

Palabras clave: *Julio Camba, inglés, crónicas de viajes, humorismo, caricatura.*

Abstract: *By means of these pages, we want to inquire the point of view that Julio had about the English people in his chronicles. We will pay attention, mainly, in his articles compilation Londres and Aventuras de una peseta. From of the commentaries about his British stay, we will propose an analysis relating to the Camba style, mostly about his use of the caricature method, the detection of automatisms and the utilization of the humour as fingerprint. Additionally, we will analyse his perspective like zenith point of view and like scientific parody.*

Keywords: *Julio Camba, English, travel chronicles, humour, caricature.*

Introducción, estado de la cuestión y metodología

Julio Camba (Villanueva de Arosa, 1882 – Madrid, 1962) ha pasado a la historia como uno de los columnistas y cronistas de viajes más brillantes y gozosos del periodismo español. Su estilo ameno y transparente, la condensación de sus escritos y su innegociable sentido del humor le valieron un público fiel, de todos los estratos sociales y culturales, que abría a diario el periódico en busca del texto del gallego. *El Mundo*, *La Tribuna*, *ABC* o *El Sol* fueron algunas de las cabeceras que hospedaron sus escritos.

Aunque olvidado durante un lapso de tiempo por parte de la crítica y los estudios humanísticos –ya sea por motivos ideológicos o por la aparente liviandad de su obra–, el interés por la obra cambiana se ha revitalizado en nuestro siglo XXI. Amén de un estudio monográfico (Llera, 2004), diversos artículos en publicaciones científicas (Alarcón Sierra, 2005; Hernández Les, 2006; Fernández González, 2011; Allones, 2015) y una biografía (López García, 2003), encontramos también recientes reediciones de sus obras en editoriales como Renacimiento, Rey Lear o Alhena. En definitiva, el interés por la obra del cronista gallego está reavivado y, al abrigo de éste, son varias las aproximaciones a su estilo que se han realizado por parte de especialistas en los últimos años. En estas páginas se pretende aportar una nueva perspectiva sobre su personalísima escritura que, sin contradecir las hasta ahora propuestas, intentará ahondar en algunos aspectos como la utilización irónica del método científico, el empleo de los tópicos, la coherencia centrípeta de la cosmovisión cambiana o la revisión del pacto que concierne al contenido autobiográfico. El comentario se hará a través de las compilaciones de sus crónicas londinenses, donde los estilemas del autor ya se presentan asentados, con vistas a delimitar sus métodos a la hora de realizar una psicología comparada de los pueblos. No obstante, se hará referencia a otros escritos del autor siempre y cuando colaboren en la ilustración de nuestras proposiciones.

1 Apuntes sobre el humorismo analítico en la obra de Julio Camba

El sello autoral de Camba, fuera de toda duda, está definido por el humorismo¹, del que diría Enrique Jardiel Poncela: “el humorismo no es una escuela: es una inclinación analítica del alma, la cual resuelve en risa su análisis” (Jardiel Poncela, 2002: 141). Así es, toda la prosa de Camba tiene un ímpetu analítico, aunque siempre condicionado por el humorismo y encaminado a él. No en vano, Edgar Neville postuló que el humor en España, tal y como lo entendemos hoy y en diferenciación con lo cómico, surge con Julio Camba y algunos de sus contemporáneos, como es el caso del también gallego Wenceslao Fernández Flórez (Neville, 1969: 740).

A la hora de comentar costumbres, sucesos y lugares, Camba no recurrirá a lo chocarrero —más emparentado con lo cómico—; más bien demostrará un fino olfato para detectar lo humorístico de cada una de las realidades que llaman la atención de su pluma, ya sea proponiendo un punto de vista inusitado, ya aportando un giro sorprendente a la reflexión. Cada cosa que percibía, cada detalle en que deparaba era tamizado por su punto de vista humorístico y procesado como material para sus artículos. En ese sentido, el propio Camba se compararía con un diabético: mientras que el enfermo convierte todo lo que ingiere en azúcar, él convierte todo lo que sus sentidos perciben en sustancia para columnas de humorismo analítico (Camba, 1916: 307). No obstante, algunos, dado lo poco sistemático y contrastado de sus tesis sociológicas, han sostenido que Camba era más un comentarista que un analista propiamente dicho (Hernández Les, 2006: 321).

A propósito de las ambiciones de Camba de acceder a un puesto de embajador durante la II República, cuenta Josep Pla: “En efecto, valdría la pena tenerlo en cuenta, pero estos humoristas profesionales como Camba nunca se sabe si hablan en broma o hablan en serio. Que don Julio Camba sería un buen embajador, está fuera de toda duda. Juega al póquer como los ángeles (Pla, 2003: 30)”. Y luego, cuando finalmente no fue elegido para ningún puesto, dice el mismo Camba:

—En realidad, todos son intelectuales. Los intelectuales han triunfado totalmente. Y esto será la muerte de la República. Los intelectuales no saben más que escribir libros y papeles. No saben nada de nada. [...]

—Entonces, usted, señor Camba, ¿no ha sido considerado intelectual?

¹ En “Poéticas del Humor desde el Novecentismo” (Llera, 2001), José Antonio Llera recopila y analiza las distintas consideraciones que sobre el humorismo se propusieron en el pasado siglo. En el presente estudio se ha decidido optar por la definición de Enrique Jardiel Poncela, la cual, por otra parte, coincide en gran medida con las que propusieron Ramón Gómez de la Serna (Llera, 2001: 463) o Miguel Mihura (Llera, 2001: 468).

—No, señor. He sido considerado un insignificante humorista... (Pla, 2003: 138)

El estilo de Camba es tan humorístico, tan arbitrarios parecen ser sus razonamientos, tan infundadas sus conclusiones, que fueron muchos los que en su día, aun hoy, no lo consideraron un autor serio² —que no lo es— ni un analista a tener en cuenta —que sin duda lo es—, sino un mero humorista que utilizó la crónica periodística y la columna para propagar sus chistes. Algunos comentadores de su obra han defendido que el golpe de humor era la única teleología en las columnas cambianas, siendo la opinión o la información completamente secundarias según su propósito (Fernández González, 2011: 3); y es que, entre el *docere* y el *delectare*, en el gallego siempre prevalecerá el *delectare* (Llera, 2004: 46). La clave nos la da el propio autor cuando, comenzando sus colaboraciones desde Berlín para *ABC* con el artículo “Mi nombre es Camba”, advertía que a él no se le debía tomar “Ni completamente en serio ni completamente en broma” (*ABC*, 8-10-1913).

Si lo encasillamos, por así decirlo, como bromista, quien se acercara a sus columnas no buscaría una etiología del pueblo inglés o información pertinente sobre el país anglosajón, para eso ya estaban las crónicas de Ramiro de Maetzu (Llera, 2004: 37), sino los golpes de humor de un supuesto periodista que “finge” estudiar a un pueblo extranjero, en este caso el inglés. Tal fingimiento no constituiría engaño en tanto que se erigiría un pacto de verosimilitud invertido. Si según Lejeune (Lejeune, 1994: 12), en el ámbito autobiográfico se establece un acuerdo de credibilidad entre el lector y el autor, asumiendo éste la obligación de veracidad; en el caso de las columnas humorísticas se produciría un fenómeno inverso: el lector asume que los pensamientos que Camba expresa y las afirmaciones de que se responsabiliza, no son veraces, ni siquiera pensadas seriamente, sólo planteadas en aras de la finta humorística. El propio Camba lo confesaría algunas veces, por ejemplo en el ya citado “Mi nombre es Camba”: “Porque a mí se me ocurren muchas tonterías [...] y yo no quiero callarme una tontería que pueda divertirnos a todos para echármelas de hombre serio y sesudo.” (*ABC*, 8-10-1913).

Su punto de vista, sin embargo, tampoco puede ser tomado “completamente en broma”. Tiene, por ejemplo, un contrastado parentesco con la tradición literaria española y con lo que Ramón del Valle-Inclán, según conversación con Gregorio Martínez Sierra, recogida el 7 de septiembre de 1928 en el diario de *ABC*, consideraba una de las tres maneras posibles que el autor tiene de encarar los hechos y personajes de su narración, en este caso, desde un plano superior:

² El propio Camba, según testimonio de Luis Calvo en *ABC* el 27 de febrero de 1987 (*cit.* en López García, 2003: 243), detestaba que le tacharan de humorista porque eso parecía emparentarle con los cómicos que contaban chistes y él no se tenía por “chistoso”.

[...] mirar el mundo desde un plano superior y considerar a los personajes de la trama como seres inferiores al autor, con un punto de ironía. Los dioses se convierten en personajes de sainete. Esta es una manera muy española, manera de demiurgo, que no se cree en modo alguno hecho del mismo barro que sus muñecos.

Aunque la cita corresponda al terreno de la ficción literaria, puede aplicársele a la obra cambiana. En primer lugar, porque su periodismo linda con la literatura hasta el punto de que no sería exagerado considerar su obra como ficción periodística en tanto que, aunque parta de hechos más o menos noticiosos, recurre a métodos ficcionales para nutrir la tesis especulativa de su artículo. En segundo lugar, porque el enfoque del periodista gallego es el mismo que describe Valle, el cual, por otra parte, se reivindica como el idóneo para un analista de sociedades, en tanto que observa “desde arriba y desde fuera” (Allones, 2015: 169). Una mirada, pues, aérea y desapasionada que le permite la frialdad y perspectiva necesarias para un análisis certero y panorámico. El propio Camba explicita este punto de vista en su artículo neoyorkino “El Chrysler Building”, recogido en *La ciudad automática*:

No hay más que un procedimiento para substraerse a la violencia ambiente y poder tener de Nueva York una visión desapasionada: subir al último piso del Chrysler Building. Una vez allí, uno está, como si dijéramos, *au dessus de la mêlée*, y puede contemplar el ir y el venir de los hombres con la misma imparcialidad con que contemplaría el ir y el venir de un hormiguero. [...] desde su enorme altura, Nueva York se me aparece sin detalles accesorios ni circunstanciales, en una perspectiva de conjunto tan completa y tan estilizada como si fuese ni más ni menos que una perspectiva histórica (Camba, 2008: 74).

Desde esa posición, contempló y retrató varios países a través de sus crónicas periodísticas. Aunque en este trabajo nos centraremos en sus comentarios sobre el pueblo inglés, los procedimientos serán idénticos cuando el periodista encare otras nacionalidades como la americana, la italiana o la suiza, por citar sólo tres.

Con la intención de profundizar en sus mecanismos, partamos del agudo análisis del filósofo Henri Bergson³ a propósito de los elementos que constituyen el fenómeno cómico:

Pero empezamos a ser susceptibles de imitación allí donde dejamos de ser nosotros mismos. Quiero decir que no se pueden imitar nuestros gestos sino en lo que tienen de mecánico y uniforme, y por lo tanto, de extraño a nuestra personalidad viviente. Imitar a alguno es extraer la parte de automatismo que ha

³ Camba conoció y leyó el ensayo de Henri Bergson que se cita (Llera, 2004: 121).

dejado introducirse en su persona. Es, pues, hasta por definición, hacerle cómico y no debe admirarnos que la imitación haga reír (Bergson, 2008: 20).

Los principios de imitación que aquí enarbola Bergson son perfectamente aplicables a las crónicas de viaje de Julio Camba, especialmente a sus definiciones del ser-nacional. Toma la idiosincrasia de un pueblo y extrae de ella, gracias a su punto de vista cenital, aquello que responde a un comportamiento automático y, por tanto, convierte a todo el pueblo en algo uniforme y previsible. Al igual que los personajes tipos de las obras de teatro que consiguen la hilaridad del público al poder anticipar éste sus reacciones, Camba nos presenta un inglés imitativo, estereotipado, generalizable y esquemático que nos hace adivinar cómo reaccionaría un inglés tipo ante ciertos estímulos. Lo que el gallego consigue, y de ahí buena parte de su humorismo, es destilar una definición de lo inglés, tosca pero efectiva, a través de sus guías principales. Desde luego, esto tiene mucho de caricaturesco. Volvamos a Bergson:

Por regular que sea una fisonomía, por armoniosas que supongamos sus líneas y por flexibles que nos parezcan sus movimientos, nunca se encuentra en perfecto equilibrio. Siempre podremos descubrir en ella la indicación de una arruga que se apunta, el esbozo de una mueca posible, una deformación, en fin, por la que parece torcerse la Naturaleza. El arte del caricaturista consiste en coger este movimiento, imperceptible a veces, y agrandándolo, hacerlo visible a todos los ojos. El caricaturista imprime a sus modelos las muecas que ellos mismos harían si llegasen hasta el final de ese mohín imperceptible (Bergson, 2008: 17).

Es el proceder de Camba con las nacionalidades: las caricaturiza⁴. Al modo de los espejos cóncavos del esperpento valleinclanesco, lleva hasta las últimas consecuencias esas manías y maneras propias que caracterizan una nación y la hacen desemejante a una hipotética humanidad homogénea. Se trata de una caricatura de lo que los románticos alemanes llamaron *Volksgeist*. Camba detecta los automatismos sociales propios de cada pueblo, sus rasgos compartidos, y los absolutiza de forma que den explicación sociológica a todos sus comportamientos. La caricatura, por tanto, no se hace de ningún individuo concreto, sino de toda la nación entendida como un único ciudadano idealizado, más bien deformado, que cataliza los elementos principales que definen y particularizan la nación. Se busca una regla y las sutilezas serán obviadas, así como los casos individuales que contravengan dicha regla. Camba no diseccionará un inglés ni varios ingleses, sino El Inglés, Lo Inglés.

Comenta Rafael Alarcón al respecto:

⁴ Para Camba, la realidad es en sí caricaturesca, tal y como declara, ni en broma ni en serio, en su crónica italiana "Pintura", recogida en *Aventuras de una peseta*: "En cada uno de nosotros yo creo que ha habido originariamente un tipo ideal del que nosotros no somos nunca más que la caricatura. Usted, lector, no es realmente usted. Usted es una caricatura de otro señor, es decir, una caricatura de lo que usted debiera haber sido." (Camba, 1958: 97).

En realidad, el esbozo que Camba hace de los caracteres nacionales no es diferente a la tónica imagen de los mismos que cualquier compatriota y lector suyo podría tener. La novedad no hay que buscarla aquí sino, en todo caso, en la interpretación insospechada que el cronista hace de lo que, en principio, todo el mundo conoce, así como en la sugerencia final de su falsedad. El material en bruto del que Camba parte para escribir sus crónicas viajeras son los estereotipos más recalcitrantes; aparentemente, muchos son respetados y otros desmentidos, pero siempre sometiéndolos a un estilizado proceso de deformación que entremezcla la hipérbole, la parodia, la sátira y la caricatura (Alarcón Sierra, 2005: 185).

Es un procedimiento análogo al de los muchos chistes que circulan sobre nacionalidades: se enfrenta a una misma coyuntura a personas de diferentes procedencias y la comicidad surge al comprobar cómo cada personaje reacciona ante el mismo estímulo. Ahí radica la comicidad del chiste, en el comportamiento estabulado de cada personaje según la tipología que se le presupone por nacionalidad. Esto conecta con la llamada *sociología folk*: una forma de analizar las sociedades no académica, sino vital, intuitiva. Se basa en conocimientos informales que, en muchos casos, podemos relacionar con “preconcepciones, conceptos previos o pre-juicios” (Gallego, 2013: 2), con el estereotipo en definitiva. El mismo Camba recoge un chiste de este tipo en *Londres* (Camba, 1916: 149s), presentando las diferentes reacciones de un ruso, un alemán, un inglés, un francés, un chino y un español ante una mosca caída en su jarra de cerveza. El inglés vierte la cerveza y pide otra al camarero, el francés se indigna pero no hace nada, el español abandona el lugar con orgullo, el alemán retira la mosca y se bebe el contenido, el ruso se bebe la cerveza con la mosca dentro y el chino saca la mosca con los dedos para, acto seguido, comérsela.

Camba, por tanto, partirá de una imagen prototípica o anquilosada de cada nación para confeccionar unos artículos de sociología ligera, humorística y desenfadada. Podría considerarse ofensivo por lo esquemático o reduccionista de su visión, sin embargo no resulta tal, a nuestro parecer, gracias a que el humorismo no se limita al objeto de estudio, sino que alcanza a todas las capas textuales, incluida la autorial. Camba se permite ironizar y caricaturizar a ingleses o franceses porque hace lo propio con los españoles, especialmente en *La rana viajera* (Camba, 2008) y, como cabría esperar y de forma inmisericorde, consigo mismo.

Por último, antes de introducirnos en las crónicas londinenses, hagamos referencia a la piedra angular del estilo cambiano: el método inductivo. Como señala Llera (2004: 72), la sinécdoque, en el sentido de elevar la anécdota a categoría, supone el estilema fundamental de la obra cambiana. Con esto, tal y como apunta el escritor Juan Bonilla en el prólogo a la edición de la editorial Renacimiento de *Sobre casi todo* (Camba, 2013: 10), consigue la ventaja de la verosimilitud, ya que cualquier afirmación parte de

la observación, al tiempo que incurre en el pecado de la generalización, ya que un único hecho concreto puede ser elevado a la categoría de regla. Tanto la ventaja como el inconveniente son asumidos por Camba con soltura, ya que, parapetado por la falta de seriedad, no renuncia, sin embargo, al principio de *ridendo dicere verum*, es decir, aunque sus métodos sean impugnables, no se le puede tomar “completamente en broma” porque su interés es transmitir una verdad, si no científica, sí pertinente.

2 Las crónicas inglesas y el paródico método científico

Las crónicas londinenses de Julio Camba se encuentran originariamente recopiladas en dos volúmenes:

- *Londres*, publicado en 1916 en la editorial Renacimiento. Recopila los artículos escritos para *El Mundo* durante su primera estancia en 1910.
- *Aventuras de una peseta*, publicado en 1923 por la editorial Calpe. Recopila los artículos publicados sobre Alemania, Inglaterra, Italia y Portugal durante la posguerra.

Otros escritores finiseculares también formaron volúmenes de viajes agrupando crónicas aparecidas en prensa, donde, gracias a la periodicidad, construían un yo crítico con que comentar sucesos de índole internacional (Alarcón Sierra, 2005: 165). Una de las características de esta nueva literatura de viajes será su atención al ámbito urbano en detrimento de lo rural y paisajístico. Camba será un cronista casi meramente urbano y, cuando encare la naturaleza, lo hará de forma desmitificadora.⁵ En la estela del *hombre-sándwich* que elogia y envidia en una de sus crónicas londinenses (Camba, 1916: 300-2), Camba extrae la materia prima para sus escritos con la técnica del *flâneur* baudeleriano, trashumante de la geografía urbana. Ahora bien, aunque los libros de viaje de Camba tengan parentesco con la producción de su época, buena parte de esa relación se encontrará subvertida o ironizada. Frente a los remanentes románticos o modernistas, Camba transmite “su experiencia descentrada, escéptica, antitrascendental, irónica y relativista” (Alarcón Sierra, 2005: 165).

El propio autor evidencia varias veces su *modus operandi*. En primer lugar, y anticipándose a la crítica que pudiera hacersele desde la sociología científica, en un punto declara, a propósito de sus conclusiones sobre la estrecha relación entre la

⁵ Al respecto, ver la visión paródica de la naturaleza suiza en *Playas, ciudades y montañas* (Camba, 2012).

bonanza económica de un país y los bailes que practican sus gentes: “Los sociólogos despreciarían esta consecuencia, considerándola de un origen trivial; pero yo protesto de antemano” (Camba, 1916: 68). El periodista no ignoraba su modo de razonar precipitado, sin embargo, le traía sin cuidado en tanto que él no pretendía elaborar teorías que tuvieran consecuencias en el ámbito sociológico. Su pretensión no era científica, sino intuitiva, impresionista y, como no podía ser de otra forma, enfocada más hacia el humor y la caricatura que a la contrastable tesis sociológica. Esto no implica, necesariamente, que asuma como gratuito cuanto dice, sino que parte del hecho de que la sociología no tiene en exclusiva el derecho de desentrañar los funcionamientos sociales y nacionales, o, más bien, que la ciencia sociológica, encadenada a su metodología positivista, está impedida para alcanzar las conclusiones que su libérrimo, aunque interiormente cohesionado, punto de vista tiene al alcance de la mano. Esto es, al cambiar la perspectiva, cambian los resultados; lo que, al mismo tiempo, sirve para relativizar o parodiar la presunción de verdad que acompaña a las ciencias de corte empírico. Presenta, pues, como contrastadas conclusiones que, no obstante, han sido alcanzadas por métodos puramente especulativos; en otras palabras, viola, más que conscientemente, las reglas del proceder científico.

A sabiendas del paradigma positivista que ya en su época imperaba,⁶ Camba no deja de realizar algunas apelaciones irónicas al método empírico, empleando, como decíamos, fraudulentamente su *praxis*. Por ejemplo, para respaldar lo contrastado de su hipótesis: “Yo he ido comprobando poco a poco todos estos extremos” (Camba, 1916: 47). En otra parte desnuda su método, de nuevo irónicamente, para luego reconocer una excepción y, de paso, reírse él mismo de lo previsible de su diagnóstico y del anquilosamiento temático de sus artículos, es decir, no duda en enseñar sus cartas, siempre las mismas y, aun así, siempre sorprendentes:

Como de costumbre, hubiera hablado del clima, y hubiera dicho que el ajedrez no puede desarrollarse en los países cálidos ni en aquellos en que los cambios de temperatura son violentos e irritantes. Hubiera demostrado que el ajedrez, juego de paciencia, necesita un ambiente apacible, donde los nervios del jugador estén perfectamente tranquilos. Hubiera hablado del *at home* inglés, de la serenidad, de la ecuanimidad inglesas, del aburrimiento del Londres y de todo lo demás. Hubiera aprovechado la ocasión para hacer un poco de psicología del espíritu británico y del espíritu español (Camba, 1916: 267s).

Fuera de toda duda, la perspicacia de su mirada y lo afilado de su inteligencia pueden iluminarnos parte del ser-inglés, pero él mismo se hubiera opuesto a un empleo sistemático o científico de sus escritos; eso sería ir en contra de su naturaleza. No se debe olvidar, por otra parte, uno de los rasgos definidores de una personalidad tan

⁶ El mismo Hippolyte Taine hablaba en la época, desde un punto de vista científico, de la existencia de caracteres propios de países o época concretas (*cit.* en Llera, 2004: 63).

poliédrica como la del gallego. Nos referimos a su tendencia al escepticismo y su facilidad para desechar verdades inmutables que había abrazado dos artículos atrás. También su tendencia a la contradicción, porque Camba suele presentar su punto de vista como lógico e innegable⁷, sin embargo, la mayoría de las veces, su posición es sorprendente e inusitada. Es ese el marchamo de su método inductivo. Dice al respecto Rafael Alarcón Sierra:

Su espíritu de contradicción le lleva a sostener siempre lo contrario de lo esperable [...] Con una apariencia de completa seriedad, Camba puede mostrar que lo entendido como absurdo es en realidad algo completamente lógico, o bien, al contrario [...] En ambos casos, el cronista, sin inmutarse lo más mínimo, emplea una lógica aplastante y un fino humor irónico que son llevados hasta sus últimas consecuencias, lo que causa regocijo en el lector (Alarcón Sierra, 2005: 172).

2.1 La influencia del medio en la configuración del inglés

Como decíamos, Camba toma prestado el esquema de la canónica investigación científica para edificar, según éste, aunque de forma paródica y parasitaria, sus artículos humorísticos. Parte de los principios darwinistas de la adaptación al medio, especialmente desde la perspectiva sociológica de Herbert Spencer, para mostrar al inglés como una consecuencia evolutiva del medio en que desarrolla su vida. Sin embargo, en otra concesión a la duda que sería intolerable en un escrito de ánimo seriamente científico, en ocasiones se muestra dubitativo respecto a qué fue antes, el huevo o la gallina, esto es, ¿el inglés es así por el medio en el que vive o el medio ha tomado una forma concreta por la influencia del inglés que lo habita? Y aquí vislumbramos otra de las características propias del humorismo cambiano: la dislocación causal de su declarado, pero falaz, empirismo.

El primer factor a tener en cuenta será, obviamente, la circunstancia geográfica del país: “sigue siendo una isla cuyos habitantes comen y beben y piensan a su manera” (Camba, 1958: 67). Debido al aislamiento, se supone que los isleños han estado macerándose en su propio caldo y adquiriendo formas que les son enteramente propias y les diferencian, asimismo, de los ciudadanos continentales; no en vano buena parte de las pesquisas de Darwin se realizaron en contextos insulares. Camba parte de este principio a la hora de describir a los ingleses y, por un parte, constata la

⁷ Al respecto, Carlos Fernández González: “Cuando Camba expresa su opinión lo hace con gran autoridad. No la ofrece a modo de opinión, sino en forma de afirmación categórica. [...] no presenta su opinión como si tal fuera, sino como certeza inapelable. Camba rara vez escribe “yo creo”; como norma, dice “esto es así”. (Fernández González, 2011: 11)

homogeneidad del pueblo inglés –y por tanto susceptible de definición y generalización– y, por otra, señala la desemejanza con el resto de la Europa continental.

Pues un adolescente inglés, cuando se siente muy seguro de sí mismo y con una gran ambición, sueña que es un ciudadano como los otros, que no hace nada contrario a las leyes ni a las costumbres, que no se diferencia de los demás y que contribuye, como todos, a la buena armonía del Imperio británico. Son ideas de país de nieblas (Camba, 1916: 158s).

O, en el artículo “Britania irreductible, siempre anglosajones”:

Nuestros padres no han sabido nunca hacer las cosas completamente, y al hacernos españoles no nos han concluido. ¿De cuándo acá a un inglés se le ocurrirá decir que es muy inglés? Es inglés, como una bola es redonda. Lo es de un modo categórico. Es inglés definitivamente (Camba, 1916: 123).

Y, en tanto que homogeneidad isleña, decíamos, se caracterizarán también por su contraste respecto al continente, el cual será visto como un lugar descuidado (Camba, 1958: 65), incluso en el ámbito moral (Camba, 1958: 53): “Yo conozco a una miss Jones que me lo decía con toda franqueza: “Sólo Inglaterra irá al cielo, porque sólo ella está limpia de pecado. El resto del mundo es una inmundicia: gula, pereza, *champagne*, juego, *jambes en l’aire*, literatura libre y corridas de toros. ¡Horrible ¡Nasty!”.” (Camba, 1916: 116s).

El otro gran elemento a tener en cuenta será el clima, el particular y característico clima inglés, al que inevitablemente el habitante tendrá que adaptarse:

Yo no creo gran cosa en la influencia del clima sobre los hombres más que cuando se trata de Londres. Toda la vida londinense y toda la vida inglesa está explicada por el invierno. Llega usted allí un día del mes de diciembre, y a los cinco minutos ha comprendido usted a Londres como una cosa lógica y armónica, con sus virtudes y sus defectos (Camba, 1958: 52).

Los fenómenos climáticos que más condicionan al inglés, según Camba, son dos: la falta de sol y la niebla. En “Luz del sol en Londres” asegura que la frialdad de las inglesas y la torpeza de los ingleses se deben a la debilidad de su sol, apenas una imitación del astro que luce en España (Camba, 1916: 238). Por su parte, la constante niebla explicaría la tendencia doméstica de los ingleses, el egoísmo, “la poca exuberancia” o la homogeneidad (Camba, 1916: 333). En definitiva, el inglés como resultado del clima de su entorno, un clima que condiciona su vida, los define y encauza de forma concreta y que Camba, con esa capacidad inigualable para la síntesis, resume a través del polisíndeton de elementos mixtos pero, según su personal

forma de analizar la realidad, causales: “Es la lluvia y la niebla y la moralina...” (Camba, 1958: 55).

Por último, y disfrutando de la superioridad del científico que hiciera experimentos con sus especímenes, Camba se divierte, en “La virtud se derrite”, imaginando que Dios, por placer de experimentar, subiera la temperatura de Inglaterra unos cuantos grados. Concluye que, como efecto del incremento, los ingleses dejarían de ser lo que son, por decirlo de alguna manera, se latinizarían:

Los ingleses se harían indolentes y violentos; las inglesas, lánguidas y apasionadas [...] Los ingleses dejarían de ser fríos y, a la larga, hasta dejarían de ser rubios. Hablarían mucho. Habría algunos ingleses elocuentes. [...] una inglesa, puesta a 30 grados sobre cero, se siente celosa. Es un descubrimiento científico de la más alta importancia (Camba, 1916: 113s).

Cambia las condiciones del experimento y elucubra sobre las posibles reacciones en el sujeto analizado, en este caso los ingleses, a los que trata poco menos que como ratones de laboratorio. Es éste un procedimiento más de lo cómico: toma un principio, en este caso la influencia de la climatología sobre el comportamiento de los seres vivos, y lo hiperboliza hasta que alcanza un determinismo de corte humorístico. En definitiva, evidencia y lleva hasta las últimas consecuencias principios que están ahí, quizás sólo esbozados, trayéndolos al primer plano. Una vez más nos sale al paso el parentesco de este procedimiento con el esperpento que Valle-Inclán utilizaría para evidenciar las dianas de su crítica social y política.

2.2 La influencia de las costumbres en la configuración del inglés

Con cierto distanciamiento connatural al estilo cambiano, las crónicas inglesas tienen también un carácter costumbrista. Como hiciera con el clima, Camba presenta las inercias sociales como posibles causantes de la forma de ser de los ingleses. Recordemos que, con ciertas notas satíricas, Camba juega al análisis determinista de todo un pueblo. No puede ser sino paródica, por ejemplo, la influencia que le otorga a los baños de agua tibia: “Ya se sabe que el baño tibio es un sedante. Gran parte de la ecuanimidad inglesa es debida al hecho de que los ingleses se pasan al año, por lo menos, trescientas sesenta y cinco horas metido en agua templada.” (Camba, 1916: 16). Es decir, es el agua templada lo que hace de los ingleses unos flemáticos; es más, acto seguido afirma que si a los españoles se les sometiera a igual régimen de baños calientes, no tardarían en asemejarse a los ingleses. Porque éste es otro punto del humorismo de Camba, la confusión de causa y efecto; y así se insiste en algo que ya se ha apuntado: la sociología desenfadada de Camba resulta doblemente humorística

porque toma los principios de la ciencia empírica, pero los usa de forma disparatada, delirante a veces. Es un procedimiento análogo al que emplearía Lewis Carroll en su díptico sobre el personaje de Alicia: por un parte, los elementos que se emplean no son fantásticos ni increíbles, lo disparatado surge en la combinación, en la sintaxis que establecen estos elementos entre sí; por otra parte, hay cierta relación con el principio del *nonsense* en tanto que las cosas son enunciadas de forma correcta y ordenadamente, aparentemente encadenados a una perfecta lógica, pero sin sentido a la postre. Es el empleo de la lógica, pero de una lógica obtusa, parcial, demente. No en vano G.K. Chesterton⁸ habló de la locura como un uso desmedido, holístico y autosuficiente de la lógica (Chesterton, 1998: 10s). El propio Camba se expresa de manera análoga en “La razón de la sinrazón”, recogido en *Esto, lo otro y lo de más allá*:

Por mi parte añadiré que para volverse loco no basta razonar al buen tuntún y de cualquier manera, sino que es preciso ir pasando poco a poco cada razonamiento por el filtro de una lógica rigurosísima, hasta que no quede en él ni el más pequeño residuo de realidad, y entonces, cuando nuestra razón no tenga ya mezclas que la adulteren y sea, como si dijéramos, una sustancia químicamente pura, entonces es cuando habrá llegado el momento de ponernos la camisa de fuerza... (Camba, 1994: 78).

Sigue Camba en esa línea y, cuando la ecuanimidad inglesa se explica por los largos baños templados, la práctica del deporte explicaría el infantilismo de los británicos y, desde luego, el color de sus cabellos:

Y esta infancia perenne, en virtud de la cual los ingleses se mueren niños a los ochenta años, se la debe Inglaterra al *sport*. El *sport* es lo que mantiene en una niñez constante a aquellos cuerpos y aquellas almas. Yo llego hasta pensar que si los ingleses son rubios, es porque son niños, y que, probablemente, en cuanto se hicieran personas mayores, se volverían morenos (Camba, 1958: 54).

En una interpretación escandalosa de la influencia del medio y las costumbres en las configuraciones de las razas, Camba se atreve a insinuar que los ingleses son infantiles por su manía de practicar deporte. Este infantilismo, como no podía ser de otra forma, explica el color claro de los cabellos ingleses, pues de todos es sabido que el pelo tiende a oscurecerse con los años. De lo cual se coligue que, si un inglés fuera moreno, será por no haber practicado el suficiente deporte. Como se ve, se trata de una serie de silogismos que serían perfectamente razonables si, en un momento dado, no se colara el premeditado error con vistas a producir la humorada. Es médicamente cierto

⁸ Gonzalo Torrente Ballester (*cit.* en López García, 2003: 241) habla del parentesco entre Chesterton y Camba. Al igual que el apologeta inglés, Camba contrapone el mundo de los hechos (fantástico disparatado) con el mundo de las ideas, las suyas (normales, concordes). Y, en boca del propio Chesterton: “No; la visión es siempre sólida y fiable. La visión siempre es un hecho. Es la realidad la que suele ser un fraude.” (Chesterton, 1998: 50).

que el ejercicio sirve para mantener la lozanía del cuerpo, también lo es que los seres humanos tienden a oscurecer el pelo con el paso de los años hasta que aparecen las canas. La sonrisa surge al producirse la unión fraudulenta de ambas realidades en un escorzo imposible del procedimiento científico.

2.3 Las características del inglés

Debido al clima y las costumbres, el inglés, bajo la lupa cambiana, aparece con unos rasgos característicos bastante aislables –al fin y al cabo estamos en el terreno de lo caricaturesco–. Asimismo, hay que tener presente que cuando Camba analiza alguna nacionalidad, siempre lo hace con el trasfondo comparativo de lo español. En *Mis páginas mejores* (Camba, 1956: 161), incluso reconoce que cuando diseccionaba, “de un modo más instintivo que deliberado”, alguna psicología nacional, deparaba en aquello que le hacía desemejante a la psicología española.⁹ Así pues, estos rasgos definitorios del ser-inglés, que enseguida veremos, traslucen en las crónicas del gallego en tanto que divergen de la españolidad, elemento último de sus “estudios”, según el mismo reconoce (Camba, 1956: 162).

2.3.1 La practicidad

En comparación con la España de principios del siglo XX, el pueblo inglés se caracterizaría, sobre todo, por la practicidad. En primer lugar, por su fidelidad ciega al método, a lo establecido:

¿Viajar sólo? No; ¿hoy en un lado, y mañana en otro, según la inspiración del momento; detenerse más o menos, a su arbitrio, en las ciudades del itinerario? No, mil veces no. Eso supondría un desorden inadmisibile. El inglés compra un billete de la agencia de *coocks*, en donde está establecido al minuto el empleo del tiempo que va a durar el viaje [...] Un buen programa de viaje para el inglés es aquel que no le deja ni un minuto libre para hacer lo que le dé la gana. Sin esta distribución matemática del tiempo, el inglés no comprendería la emoción de los viajes (Camba, 1916: 70s).

Método que sería inviable sin una docilidad en consonancia hasta en los casos más extremos:

El suicida inglés respeta la ley. Puede no estar conforme con la vida, pero respeta la ley. Puede decidirse a desaparecer de la sociedad, a romper con la existencia,

⁹ Habrá que considerar, además, que Camba no fue ajeno a la discusión de su época sobre la esencia de la hispanidad y la conveniencia o no de la europeización en tanto que modernización. Dice José Antonio Llera al respecto sobre Camba: “No cree en la orteguiana europeización de España ni se decanta exactamente por la españolización de Europa que propone Unamuno, si bien está más cerca de éste y de Ganivet que de Ortega” (Llera, 2004: 65).

a desaparecer del Mundo, pero como vea un cartel que diga “Se prohíbe suicidarse”, el suicida inglés no se suicidará. ¡Envidiable país el que cuenta con tales suicidas! (Camba, 1916: 311).

En este fragmento, el periodista recurre al humor negro y se basa en otros de los elementos prototípicos del humor: la radicalidad en la ejemplificación. Llevando hasta sus últimas consecuencias la característica práctica del pueblo inglés, el comentarista nos presenta un caso hiperbólico con que patentar claramente el contenido y tesis del artículo. Es un procedimiento casi pedagógico en tanto que busca la claridad del ejemplo gracias a su polarización. Deja al lector la asunción de la distancia que exige el humor, para presentar un caso lo suficientemente extremo como para que no quepa duda.

En este sentido, se debe reconocer que el humorismo es un estilo especialmente dependiente del lector. Dada la ironía, se presupone una traducción constante por parte del receptor, así como una hermenéutica competente y distanciada. Es decir, ante un texto humorístico como el de Camba, el lector debe asumir que las especulaciones y conclusiones no necesariamente son serias o ciertas, pues lo que se busca con ellas es la interpelación, la elocuencia o la ejemplificación, pero no una verdad de tipo rigurosamente ensayística. Por así decirlo, el narratorio tiene que estar familiarizado con Camba, condescender con él, dar la vuelta al pacto autobiográfico que al principio referíamos. Así hay que entender las palabras del ya citado artículo “Mi nombre es Camba”, aparecido el 8 de octubre de 1913 en el diario ABC: “Yo necesito saber que el lector me conoce ya, que es indulgente con mis apasionamientos, que, acostumbrado a mis pequeñas paradojas, no va a tomarlas completamente en serio [...]”.

El humorismo puede recurrir a la aseveración –Camba no deja de hacerlo–, pero lo hará de forma irónica, dudosa. Es obvio que Camba no cree firmemente en que los suicidas cesarían en su empeño en caso de que una ley se lo prohibiera, pero con esta especulación ficticia el gallego consigue un máximo de ejemplaridad sobre lo que buscaba, esto es, demostrar la practicidad del pueblo inglés y su inquebrantable respeto por la ley establecida. Huelga decir que si Camba viviera y le llamáramos la atención sobre esto último, nos diría que para nada, que él está convencido de que el suicida británico no se quitaría la vida para no quebrantar la ley; pero en ese caso, como en el artículo, seguiría haciendo humorismo.

Hay otro artículo memorable al respecto en Londres, más concretamente el titulado “La bonita y la fea”, y del que extraemos la siguiente cita:

Verdaderamente estas inglesas revelan el espíritu práctico de Inglaterra: dos listones sujetos por un eje a la extremidad inferior del cuerpo; otros dos, sujetos a los hombros, y ya está hecha una inglesa. Los pies muy grandes, para que no se

caiga, y los dedos muy separados, como en esos brazos que les pintan los chicos a sus monos, disponiendo cinco rayas en abanico al final de una raya muy larga. Eso es todo.

Y como el procedimiento de hacerlas es tan sencillo, pues por eso hay tantas inglesas feas (Camba, 1916: 48).

Aquí vuelve a enlazar causalmente dos circunstancias científicamente independientes, pero que, de nuevo, resultan muy sugerentes. Tiene dos elementos aislados: la abundancia de mujeres feas en Londres y el espíritu práctico de los ingleses, ambos medianamente contrastables. A continuación busca un posible nexo, en este caso, la esquemática y tosca apariencia física de las féminas en cuestión. Así que concluye que en Inglaterra abundan las mujeres feas porque su factura, elemental y práctica, resulta especialmente idónea para un pueblo caracterizado por la practicidad. Sigue un procedimiento paródicamente científico, pero que, en su conjunto, sirve para dar la impresión que busca sobre su objeto de estudio. Por así decirlo, todos los elementos y la praxis del texto se orientan al mensaje que quiere transmitir, el cual funciona como centro gravitacional e irradiador. La pertinencia de los elementos que aparecen no viene dada por su participación en la verdad, sino por su capacidad gráfica, humorística y elocuente.

Aparte, en este artículo se observa otro procedimiento típicamente cómico, la automatización de los elementos libres, la mecanización –lo que al mismo tiempo nos liga con el predicamento que lo grotesco ha tenido en nuestra literatura, especialmente en Valle—. El ya citado Bergson lo advertía (2008: 14): destacar ciertos automatismos o rigidez en la siempre imprevisible acción de la vida, produce risa. Camba coge un subgrupo dentro del pueblo inglés (las mujeres poco agraciadas) y destaca una serie de automatismos, más propios de una máquina que de un ser viviente, para dibujar una caricatura. Concluye la imagen insinuando que son los propios ingleses los que las producen en cadena, lo que es cierto en tanto que las conciben, pero falso en tanto que no deciden su disposición; volviendo así, como tantas otras veces, al terreno de las medias verdades, terreno que le es propicio.

Como cabría esperar, una sociedad tan práctica como la londinense, según daguerrotipo de Camba, no es tierra apropiada para poetas: en primer lugar por ser un pueblo aparentemente filisteo y, en segundo lugar, por no prestarse la geografía urbana, embebida en el tráfago del hombre de negocios, a los vagabundeos propios de los poetas líricos. Así lo defiende en el artículo titulado “Odio de poeta nada más”:

Si el inglés puede definirse como un hombre completamente refractario a la poesía lírica, habrá que reconocer que estos hombres existen en todo el mundo y que, para el poeta español, francés o alemán, buena parte de sus compatriotas son ingleses. Sin embargo, en ninguna parte hay tantos ingleses como en

Inglaterra. En París o Madrid, cuando el poeta ha sufrido muchos empujones, no tiene más que dejarse caer sobre un banco de la plaza pública y ponerse a soñar (Camba, 1916: 92).

En el siguiente artículo, titulado “La acción de los poetas”, cede la palabra a un supuesto hombre de negocios inglés –estilo directo posiblemente mendaz pero que sintoniza con su tono irónico de verdad contrastada–, quien lanzará una acusación sobre los poetas que bien podría haber firmado Platón cuando, en el libro X de su República, expulsaba a los poetas de su hipotética ciudad ideal. Imagina el supuesto hombre de negocios:

—Si los poetas lograran tomar tierra entre nosotros, a la vuelta de unos cuantos años habrían corrompido toda la energía anglosajona. Empezarían a cantar las puestas de sol y los amaneceres, los árboles, las flores y los pájaros. Nuestra juventud se distraería con todas esas cosas y no haría nada de provecho. A pretexto de poetizar la vida la ablandarían. Exaltarían el amor maternal, el filial y el fraternal, la vida del hogar, etc. Los jóvenes empleados de la City harían versos estúpidos en sus ratos de ocio. [...] En fin, sería la ruina, ¿no le parece a usted? (Camba, 1916: 95).

Para terminar de retratar la practicidad inglesa, Camba vuelve a echar mano de un recurso humorístico, en este caso la contraposición de opuestos. La mejor forma de evidenciar el pragmatismo inglés, sería oponiéndolo a una figura que estuviera en las antípodas, que fuera lo contrario vitalmente a la practicidad, esto es, un poeta lírico. Por medio del claroscuro comparativo, Camba consigue sus dos objetivos principales: hacer patente el espíritu inglés y, no menos importante, divertir al lector.

2.3.2 Falta de imaginación

En estrecha relación con la practicidad, otro de los rasgos ingleses más traídos por Camba es su falta de imaginación congénita. Suya es la frase: “El inglés carece de tiempo y de imaginación para ser católico” (Camba, 1916: 255). Continuando con la metáfora de la mecanización, le atribuye una efectividad sin parangón, pero una incapacidad natal para tareas imaginativas o geniales. “La capacidad de acción está en razón inversa a la capacidad imaginativa de las gentes” (Camba, 1916: 52), afirma en otro punto. Y, como hiciera con los poetas líricos y siguiendo la estructura de los chistes de naciones que se vio en el primer epígrafe, ilumina esta característica oponiendo dos naciones: “Un español se tumba en un sofá y sueña. En cambio, cuando un inglés se tiende en la misma forma deja de existir. Un inglés tendido es como un mueble volcado” (Camba, 1916: 52).

Poco después, como prueba de la falta de imaginación, propone la cocina británica, especialmente su pilar maestro, el rosbif:

Si estos ingleses no tienen imaginación en la cabeza, ¿cómo van a tenerla en el estómago? Desde un tiempo inmemorial, los ingleses vienen comiendo *roast-beef* porque todavía no se les ha ocurrido comer otra cosa. El *roast-beef* inglés representa una falta de capacidad imaginativa (Camba, 1916: 64).

De nuevo desarrolla un razonamiento erróneo, pero humorístico e ilustrativo. Si a) los ingleses no tienen imaginación y b) comen siempre lo mismo, será porque c) no han tenido la suficiente imaginación para contrarrestar la inercia, es decir, aún “no se les ha ocurrido comer otra cosa”.¹⁰

Camba no duda en llevar hasta el final las consecuencias de sus planteamientos y extraer conclusiones hasta sus últimas posibilidades. Coge un dato de sus observaciones, en este caso la falta congénita de imaginación, y exprime cuantas suposiciones pudiera brindarle. Así, por ejemplo, a propósito de la relación entre la ramplonería imaginativa y sus aspectos benéficos para el hombre: “No se divierten, pero no se aburren. No gozan, pero no sufren [...] El hombre es más desgraciado que el mono, y el poeta lírico más que el tendero de comestibles, y el vidente más que el ciego, y el italiano más que el inglés.” (Camba, 1916: 173).

La parquedad sensitiva e imaginativa del inglés, según esto, les impermeabiliza contra el sufrimiento y la decepción. Recuerda aquello de Rubén Darío, quien, en su poema “Lo fatal”, declara: “Dichoso el árbol, que es apenas sensitivo,/ y más la piedra dura porque ésa ya no siente”. Una muestra más de la ciencia precipitada y humorística de Camba. Dos hechos: la falta de imaginación inglesa y la aparente felicidad del país, quedan relacionados de forma causal, pues a mayor sensibilidad, mayor susceptibilidad para el desengaño o la melancolía.

Habrá que relacionar este aserto con otro recogido en *Aventuras de una peseta*, más concretamente en el artículo “La odiosa inteligencia”, donde asegura:

Hay quien opina que los ingleses no son extraordinariamente inteligentes. Yo creo que es que no quieren serlo. Al inglés tradicional, la inteligencia le parece, en el fondo, una cosa así como para estafadores, para artistas, para revolucionarios o para italianos; una cosa, en fin, para gentes de cabellera revuelta y de vida irregular; pero no para personas de posición, y mucho menos para el tenedor de libros que aspira a obtener un puesto en la City (Camba, 1958: 56).

En un libro distinto y muchos años después, Camba emplea una argumentación parecida, incluso un mismo asidero comparativo con la nacionalidad italiana. Esto

¹⁰ No debemos olvidar, por otra parte, la suma importancia que Camba le daba a la cocina, también en la configuración de los caracteres. Buena muestra de ello, amén de constantes referencias en sus crónicas, su obra *La casa de Lúculo*, monografía sobre la cocina.

demuestra que el análisis del periodista no es aleatorio, pues las tesis sostenidas en Londres serán confirmadas luego en *Aventuras de una peseta*, ya que Camba no suele cambiar de parecer con los años, más bien se reafirma. Crea un punto de vista que respetará durante toda su producción y guardará una coherencia interna, centrípeta. Basándose en la hipérbole caricaturesca y su particular modo inductivo, siguiendo su extraña e insobornable lógica, más lógica que los propios hechos, y resolviendo, como decía Jardiel Poncela, su análisis en humor por vía de la complacencia, Camba construye una perspectiva que le es propia y que al lector resulta del todo identificable. Beneficiario de una voz personal y de una personal manera de interpretar el mundo, el gallego nos ofrece una visión inusitada; ahora bien, inusitada no por carecer de fundamento o por proponer conclusiones alocadas –que también–; más bien será inusitada por ser cambiana, por ajustarse siempre a la lógica, internamente coherente aunque científicamente impugnable, propia del autor gallego.

Conclusiones

A través de esta aproximación a la visión de lo inglés que arrojan las crónicas de Julio Camba, se han podido señalar algunas de las características que definieron el estilo y el enfoque de uno de los columnistas más leídos y celebrados de la historia del periodismo español. Como se apuntaba al principio, Camba consiguió un considerable éxito y un público fiel gracias a su ubicuo sentido del humor y a su particular punto de vista.

Los tres pilares maestros de su perspectiva cenital, como hemos tenido oportunidad de comprobar, son la técnica caricaturesca, casi esperpéntica, su humorismo congénito y su modo de razonar inductivo. La combinación de éstos, aunque sin olvidar otras características notables como la capacidad imaginativa para la ligazón de elementos o la perspicacia expositiva, caracterizan el inconfundible estilo del periodista y literato gallego.

Asimismo, a la hora de enfrentar el estudio de una nacionalidad, en este caso la inglesa, hemos asistido a un uso paródico del proceder científico. Y, cuando se ha acercado al pueblo inglés con presupuestos aparentemente empíricos, deterministas y causales, lo ha hecho a través de una ciencia que le es propia, impugnable por la sociología canónica, pero perfectamente coherente dentro de la propia cosmovisión cambiana. Por lo tanto, si bien es cierto que no se puede olvidar que sus crónicas están ahítas de un subjetivismo omnímodo, sería injusto considerar sus escritos como meros chistes con pretexto periodístico. Sus conclusiones son ciertas, aunque no científicas, son, y quizás caigamos en contradicción, humorísticamente ciertas; lógicas y

coherentes dentro del universo cambiano, el cual se nos quiere presentar más razonable, más divertido y menos absurdo que el universo real.

Referencias bibliográficas

ALARCÓN SIERRA, R. (2005): “Los libros de viaje en la primera mitad del siglo XX. Julio Camba: La rana viajera”, en Romero Tobar, L. y Almarcegui Elduayen, P. (editores), *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Toledo, Universidad Internacional de Andalucía y Akal Ediciones.

ALLONES, C. (2015): “Las crónicas norteamericanas de Julio Camba. Una nueva lectura” en *Foro interno*, nº12, 2015, pp. 159-180.

BERGSON, H. (2008): *La risa; ensayo sobre la significación de lo cómico*, Madrid, Alianza Editorial.

CAMBA, J. (1916): Londres, Madrid, Renacimiento.

— (1956): *Mis páginas mejores*, Madrid, Gredos.

— (2008): *La ciudad automática*, Barcelona, Alhena.

— (1958): *Aventuras de una peseta*, Madrid, Espasa-Calpe.

— (2008): *La rana viajera*, Barcelona, Alhena.

— (2012): *Playas, ciudades y montañas*, Madrid, Reino de Cordelia.

— (2009): *Un año en el otro mundo*, Madrid, Rey Lear.

— (2013): *Sobre casi todo, Sevilla*, Renacimiento.

— (1994): *Esto, lo otro y lo de más allá*, Madrid, Cátedra.

— (1997): *La casa de Lúculo*, Madrid, Espasa-Calpe.

CARROLL, L. (2008): *Alicia en el país de las maravillas; A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*, Madrid, Cátedra.

CHESTERTON, G. K. (1998): *Ortodoxia*, México, Porrúa.

DARÍO, R. (2008): *Azul...*, Alcalá, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá.

FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, C. (2011): “Un siglo de humor en la columna periodística de autores gallegos: hacia una columna lúdica de autor y personaje” en *Estudios Hispánicos*, nº61, pp. 1-18.

- GALLEGO, F. (2013): "Me río porque es verdad. Sociología folk en los monólogos de humor" en *Imagonautas*, nº3, pp. 1-20.
- JARDIEL PONCELA, E. (2002): "Ideas sobre el humorismo" en *Cuadernos de Información y Comunicación*, nº7, pp. 139-157.
- HERNÁNDEZ LES, J. A. (2006): "Julio Camba, individuo y creatividad" en *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, nº12: pp. 317-329.
- LLERA, J.A. (2001): "Poéticas del Humor desde el Novecentismo" en *Revista de literatura*, nº63, 126, pp. 461-476.
- (2004): *El humor en la obra de Julio Camba: Lengua, estilo e intertextualidad*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- LEJEUNE, P. (2004): *El pacto autobiográfico y otros estudios*, Madrid, Megazul-Endymion.
- LÓPEZ GARCÍA, P. I. (2003): *Julio Camba: el solitario del Palace*, Madrid, Espasa.
- NEVILLE, E. (1969): *Obras selectas*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- PLA, J. (2003): *Madrid. El advenimiento de la República*, Madrid, El País.
- PLATÓN (2003): *La república*, Madrid, Alianza.